

CAPÍTULO II

FACTORES POLÍTICOS DE EQUILIBRIO

FACTORES POLÍTICOS DE EQUILIBRIO

Por SALVADOR LÓPEZ DE LA TORRE

La cuenca mediterránea, a lo largo de la cual se extiende el flanco de la Alianza Atlántica, ha sufrido desde el final de la II Guerra Mundial enormes cambios en su estructura política. La descolonización ofreció la independencia a todos los países de la orilla meridional, y la participación de la URSS en la victoria aliada, ha permitido que la flota rusa represente hoy, en el Mediterráneo, un factor de indudable importancia en el equilibrio castrense de la «guerra fría».

Estos hechos son de sobra conocidos, pero resulta indispensable recordarlos a la hora de hacer un análisis político de la situación en la región mediterránea, porque desgraciadamente no existe en la actualidad un sistema de seguridad coherente capaz de sustituir al desaparecido como consecuencia de la II Guerra Mundial. El escenario político del Mediterráneo ha sufrido un cambio que, podemos decir correctamente, no significa la sustitución de un sistema de seguridad por otro, sino la desaparición de un sistema para desembocar en una ausencia de sistema.

A pesar de los cuarenta años con que cuenta la OTAN, jamás los países atlánticos han conseguido elaborar una doctrina homogénea para enfrentarse con los problemas surgidos en la zona después de la última guerra mundial. La desaparición o, por lo menos, debilitamiento, de la presencia británica en el Mediterráneo, el repliegue francés de sus colonias norteafricanas y la irrupción en el *Mare Nostrum* de las flotas americana y soviética, han creado una situación confusa donde resultaría difícil afirmar que nadie opera con arreglo a un plan colectivo de defensa o ataque. Y esta dispersión de los esfuerzos crece progresivamente de manera constante durante los últimos años, tanto por parte de los Aliados occidentales, como por parte de los

propios países norteafricanos o en los conflictivos choques que ensangrientan la orilla oriental mediterránea. El tiempo no ha calmado los problemas. Podríamos decir que sólo ha operado para agravarlos.

1. **España y el Mediterráneo**

Conviene dejar claramente dicho que los Acuerdos de Coordinación que nuestro país está negociando con la OTAN sitúan a España en una posición que debe considerarse como Zona Estratégica de Retaguardia de la Alianza que acerca nuestra posición a la cumplida tradicionalmente por Inglaterra dentro de los planes de la OTAN, lo que significa que España debe realizar una función de asistencia general a la Alianza, sin quedar encasillada en las tareas del flanco sur, puesto que también deberá atender al sostenimiento logístico del frente central. Naturalmente, el papel de España desde un punto de vista militar, tendrá como principal objetivo la libertad de paso por el Estrecho de Gibraltar, pero en cualquier caso su misión global, y, por lo tanto, las consecuencias políticas de este cometido, deben entenderse de manera mucho más amplia dentro de la estrategia de la Alianza que como un país orientado en exclusiva a proporcionar su apoyo al flanco sur. El análisis de la situación política en la cuenca mediterránea que se realiza a continuación, parte de esta doble y rica realidad. España debe cumplir dos funciones en la Alianza. Una, de apoyo al sistema general de defensa de la OTAN en el frente central y en el flanco sur, y otra, más específica, destinada a garantizar la libertad de navegación en toda la profundidad del Mediterráneo gracias a la libertad de movimientos que debemos conseguir para nuestros aliados en el Estrecho de Gibraltar. Esta ambivalencia de funciones, a la par atlántica y mediterránea, responde a nuestra realidad geográfica y en cierto sentido amplía la también doble vocación de una Italia que defiende un sector terrestre importante en el continente, mientras mantiene también una presencia naval y aérea en el Mediterráneo.

2. **Después del INF**

Ya se ha dicho anteriormente que la OTAN no ha tenido nunca una clara política mediterránea porque cada país participante en la Alianza ha preferido operar con independencia más que en el interior de un marco común. La retirada de Francia de la Estructura Militar Integrada, la disputa greco-turca y la escasa solidaridad que la política americana ha recibido de sus aliados europeos en el Mediterráneo pueden constituir las pruebas de esta desorientación de la política de seguridad en el Mediterráneo.

La implantación de los euromisiles, después de la «doble decisión» de la Alianza en 1979, fue quizás el mejor momento de cohesión entre los aliados del flanco sur y los intereses de la OTAN en el frente central. El hecho de que Italia recibiese una base de lanzamiento de GLMC (misiles de crucero) en Comiso, establecía un lazo de interoperabilidad entre las necesidades militares de la Alianza en el frente central y las tierras meridionales que configuran su límite sur. Pero no cabe duda de que después de los acuerdos entre los EE.UU. y la URSS está claro que esta armonización de situaciones militares ha desaparecido, alejando los problemas del flanco sur de las opciones que la Alianza ha asumido en el frente central. Lo que podríamos llamar «la convencionalización» del esfuerzo militar aliado, después de haber adoptado la «Opción Doble Cero», representa en el fondo una separación o alejamiento de los distintos sectores defensivos que componen el despliegue militar de la Alianza desde el sur turco hasta el norte noruego. Y esta separación queda agravada por la ausencia, ya repetidamente anunciada, de una doctrina militar unánimemente compartida por todos los aliados para afrontar la problemática mediterránea.

3. Las dos doctrinas

Entre los miembros de la Alianza siempre ha existido una clara división a la hora de elegir la doctrina defensiva que pudiese animar el flanco sur. Por un lado, existen los países miembros que mantienen la tesis del «cinturón de seguridad» (*Safety belt*), es decir, la extendida presencia militar necesaria para obtener la seguridad y, llegando el caso, reducir los peligros que pudiesen surgir en una operación adversaria lanzada desde cualquier país norteafricano contra las costas meridionales europeas. Los partidarios de esta postura reclaman, como es natural, los necesarios medios materiales para mantenerla.

Pero, frente a ellos, surgen los predicadores de la segunda doctrina de «general estabilidad» (*Overall stability*), confiantes en los medios políticos y en el desarrollo de los intereses comunes entre todos los países del norte y del sur de la cuenca mediterránea. Es la cooperación política entre Europa y los norteafricanos o países del Próximo Oriente la que puede establecer la armonía en toda la región donde se desarrolla el flanco sur de la Alianza.

En realidad, ambas doctrinas podrían ser en teoría perfectamente compatibles, porque nada impide que la cooperación política se practique acompañada de una fuerza militar que ofreciese, aparte de la seguridad a los europeos, la convicción al posible atacante de que sus instintos de agresión estarían de

antemano condenados al fracaso. En líneas generales, puede decirse que la OTAN no ha sido capaz de realizar de manera armónica sus acciones en la zona. Algunos países miembros resultan incapaces de comprender la doctrina de la cooperación política; mientras otros muestran una decidida repugnancia al empleo de la fuerza, o, en todo caso, sólo entienden el lenguaje enérgico para defender sus más inmediatos intereses nacionales.

La última historia demuestra de manera casi ininterrumpida esta disociación de actuaciones en el Mediterráneo. El asalto del barco *Achille Lauro*, los choques aéreos entre aeronaves libias y aviones de la VI Flota en 1986 y 1989, el lanzamiento por Libia de dos misiles *Scud* sobre la isla de Lampedusa, el bombardeo de Trípoli en el mismo abril de 1986 por los aviones norteamericanos, muestran casi invariablemente que la OTAN no ha sido nunca capaz de operar unida durante una crisis, sean cuales sean los orígenes de ella, a pesar de que en todos los casos y, desde un punto de vista puramente jurídico, los incidentes —salvo el bombardeo de Trípoli por los americanos— sucedieron en aguas cubiertas sin el menor género de dudas por el artículo VI del Tratado de Washington.

Lo sucedido durante el último choque entre aviones libios y americanos de la VI Flota, puede servir como útil indicador de esta evidente separación entre aliados. El general Galvin se presentó en la sede de Bruselas de la OTAN, tranquilizando a todos los asistentes a la reunión del Consejo del Atlántico Norte para repetir que el incidente sólo tenía escaso alcance y que en cualquier caso no solicitaba la proclamación en el Consejo de ningún tipo de alerta, ni siquiera la más modesta de las tres que tiene previstas la OTAN en caso de situaciones difíciles que son, la «simple», la «reforzada» y la «general». Pero lo verdaderamente digno de ser retenido del acontecimiento es que el general Galvin y el representante permanente americano en la OTAN, sabían de antemano que el Consejo Atlántico no decretaría en ningún caso de alerta «simple» por el choque aéreo entre libios y americanos. EE.UU. no ha pedido nunca, en ninguno de los choques que ha tenido con las fuerzas libias el sostén de sus aliados, a pesar de que jurídicamente hubiese tenido posibilidad de introducir una demanda de alerta ante la suprema autoridad de la Alianza, si nos atenemos al texto fundacional de Washington. Pero no lo ha hecho porque sabía positivamente que su demanda sería rechazada. Italia, después de haber recibido los misiles de Gaddafi en Lampedusa, ni siquiera solicitó la solidaridad aliada. Al contrario, sus autoridades se apresuraron a reducir la importancia del ataque.

Por fortuna estos incidentes han sido de escasa entidad y ninguno de ellos ponía en peligro la seguridad colectiva del flanco sur, pero igualmente

indican que la heterogeneidad de los diferentes escenarios militares del Mediterráneo impuesta por la profundamente recortada geografía peninsular de la orilla sur europea, dispersa las acciones aliadas y, sin duda alguna, erosiona la necesaria solidaridad que una alianza militar, destinada a cubrir tan largos espacios, debería tener asentada sobre doctrinas más armónicas. Pero en descargo de la Alianza puede añadirse que hasta ahora, y con todas sus imperfecciones, el sistema ha permitido garantizar, también en el Mediterráneo, cuarenta años de pacífica historia.

4. *Out of Área*

Sabido es que la Alianza no ha querido nunca precisar el límite de sus responsabilidades al exterior del perímetro de responsabilidad geográfica dibujado en el artículo VI del Tratado de Washington, incluso si los hechos podían tener alguna influencia indirecta sobre su propia seguridad. Por otro lado, las dimensiones planetarias de la superpotencia norteamericana resultan de difícil ajuste con las específicas funciones militares regionales que constituyen la esfera de seguridad de los países miembros europeos.

Pero es evidente que en el Mediterráneo pueden presentarse situaciones de crisis, en las que un determinado país miembro pueda tropezar con un problema específico producido en un punto colocado al exterior del área oficialmente reconocida como zona común por el Tratado de Washington.

En todos los documentos de la OTAN se insiste en separar con claridad las responsabilidades e intereses particulares de cualquiera de sus miembros en puntos fuera de área y en afirmar que aquéllos países con preocupaciones alejadas del área de responsabilidad general podrán recibir el apoyo de aquellos otros países miembros que consideren útil cualquier tipo de acciones militares, pero que, en ningún caso, la Alianza, entendida como unidad militar, podrá verse implicada en nada de lo que suceda al exterior de la línea dibujada en Washington hace cuarenta años.

La clara voluntad de la Alianza para no cambiar sus fundamentos jurídicos ni comprometerse en una interpretación flexible de ellos, es probablemente uno de los puntos más delicados de la vida aliada, pero también es evidente que la OTAN no ha hecho, ni hará nada, que pueda significar una modificación de sus textos fundamentales.

Para resolver estos problemas, algunos países miembros trataron de resucitar la UEO que ha ofrecido por primera vez en el Golfo Pérsico un ejemplo de acción conjunta entre varios de sus miembros. La solitaria condición de esta experiencia y las dificultades materiales que padecieron

los enlaces entre las unidades navales de los países comprometidos en asegurar la libertad de navegación frente a las costas del Irán, acreditan la dificultad de conseguir una acción combinada y a fondo «fuera de área», incluso aunque se montase bajo la cúpula jurídica de una organización distinta a la OTAN, pero la experiencia ha tenido en cualquier caso un gran interés porque permitió a la OTAN contribuir de manera complementaria y, dentro de su propio perímetro de responsabilidad geográfica, a la operación montada fuera de ella por varios de sus países miembros. Las fuerzas navales alemanas trasladadas al Mediterráneo en sustitución de las enviadas al Golfo Pérsico pueden considerarse un primer paso, bien modesto por otro lado, hacia el establecimiento de un sistema capaz de ensanchar las actividades militares de algunos de los países miembros fuera de área. En cualquier caso, la lentitud de la empresa y sus vicisitudes demuestran hasta qué punto resulta difícil poner de acuerdo a los aliados en una operación no prevista por los tratados de 1949, a pesar de la incidencia que una crisis fuera de área pueda tener en la vida de la OTAN.

La Cooperación Política Europea (EPC) prevista en el Acta Única, donde se establecen algunas normas de colaboración en las industrias de armamento de los países que pertenecen simultáneamente a la CEE y a la OTAN, no sólo no incluye los problemas de defensa, sino que los descarta de modo tajante, a través de una redacción sin ambigüedades. Podrá pensarse que el Acta Única admite la modificación de sus propios textos a través de un largo proceso de acuerdos entre todos sus firmantes, pero es evidente que esa posibilidad hay que situarla sobre un horizonte muy lejano. Esto quiere decir que el único marco para resolver los problemas «fuera de área» que se presenten a la seguridad militar europea podrían tratarse en el marco de la UEO, a condición, naturalmente, de que ésta consiga redactar las nuevas reglas de su actuación en plazos útiles, lo que con toda evidencia no parece previsible, puesto que la vieja organización sigue inmovilizada por la falta de entendimiento entre sus miembros, después de las esperanzas que pudo levantar la firma de la Declaración de Roma. Francia parece haber perdido interés en su reactivación y el resultado final es que en las actuales circunstancias resulta difícil imaginar una súbita resurrección de este organismo.

5. Las políticas nacionales

La sucesión de penínsulas que componen el flanco sur del continente europeo aíslan geográficamente a Italia, Grecia y Turquía y fragmentan una posible unidad de acción, dividiendo el teatro de batalla en tres unidades sin

comunicación. Pero si a esta realidad, tan profundamente inconveniente, unimos las originalidades políticas con las que cada uno de los países miembros han establecido sus sistemas de cooperación en el marco general de la Alianza, será preciso reconocer que el flanco sur representa una anomalía dentro del esquema de solidaridad que la OTAN ofrece por ejemplo en el frente central. El Tratado de Washington une a los países miembros del centro de Europa y a los países mediterráneos bajo un texto único, pero, en la práctica, el flanco sur se aproxima mucho más a una yuxtaposición de casos particulares que a una fórmula de coordinación unitaria. Varias particularidades nacionales acreditan esta realidad, puesto que, por un lado, ni España ni Francia pertenecen a la Estructura Militar Integrada, ni Grecia ni Turquía han conseguido superar sus rivalidades de mala vecindad. Es cierto que ninguna de estas originalidades o desajustes han conseguido romper la unidad de la Alianza, capaz de adaptarse a las anomalías de sus miembros mediterráneos. Pero también es evidente que las singularidades políticas se han sumado a las dificultades geográficas y cuesta trabajo pensar que tantas actitudes dispersas puedan unificarse dentro de un esquema de sincera acción común en un futuro próximo. Ni es previsible que Francia o España puedan cambiar sus estatutos nacionales de participación, ni tampoco, que griegos y turcos sean capaces de enterrar las profundas diferencias que actualmente los mantiene separados. No se trata ahora de evaluar la debilidad que el conjunto de la Alianza puede sufrir a causa de estas diferencias sobre la manera de ofrecer una colaboración nacional al conjunto aliado, como es el caso de Francia o España, ni tampoco de profetizar sobre la solidaridad que en caso de crisis podría establecerse entre griegos y turcos para superar sus diferencias actuales, pero la realidad es que en estos momentos la tensión entre dos aliados del flanco sur es tan grande, que parece difícil imaginar una súbita reconciliación en caso de dificultad.

6. España, Francia, Italia y Gran Bretaña

Aunque Gran Bretaña manifiestamente no pertenece al flanco sur tampoco puede considerarse ajena a lo que sucede en su perímetro desde el momento que está presente en Gibraltar y en las bases permanentes que guardan la isla de Chipre, presencia marginal pero importante, por lo que tiene de perturbación en el caso de Gibraltar para el mejor entendimiento entre aliados, y de refugio en el caso de Chipre, para las poblaciones que viven en una isla compartida por turcos y griegos en función de sus derechos como firmantes del Tratado de Garantía de 1960.

En el Mediterráneo Occidental las tres potencias importantes de la región son, sin duda, España, Francia e Italia, pero sus estatutos resultan tan diferentes que sólo una clara voluntad de colaboración entre los tres países en el seno de la OTAN puede ofrecer una cohesión defensiva de aceptable credibilidad.

Francia guarda una estrecha relación con sus antiguas colonias de Túnez y Argelia y trata de mantener, hasta ahora con escasos resultados, su presencia espiritual en el Líbano, aunque los sistemas que ha empleado hasta ahora para guardar su vieja herencia cultural no hayan dado resultados apreciables. En cualquier caso, la presencia de la flota francesa en el Mediterráneo es un factor digno de consideración a la hora de buscar explicación a los equilibrios militares y políticos.

Los Acuerdos de Coordinación de España, destinados a regular nuestra cuota, parte de contribución a la seguridad general aliada, pueden tejer una buena garantía de relaciones entre nuestras fuerzas y las restantes de la Alianza, pero aún así representan un esfuerzo militar que deberá regularse con total independencia a la hora de su aplicación por el Gobierno de Madrid, en todo obediente al mandato popular que se manifestó en términos muy claros por el referéndum de 1986. Nadie duda de la sinceridad atlántica de los dos países mediterráneos occidentales respecto a los compromisos últimos que animan a los firmantes del Tratado de Washington y, en ese sentido, no existen dudas políticas sobre la fidelidad a la causa de la Europa libre de Madrid o París, a pesar de que ambos países miembros hayan preferido preservar un cierto grado de reserva a la hora de sumar sus fuerzas militares al conjunto del bloque integrado.

Pero políticamente resulta indispensable hacer una distinción entre la no integración de Francia y la de España, puesto que ambas se han desarrollado sobre caminos muy diferentes dentro del bloque general de la OTAN, a la que ambas pertenecen como miembros de pleno derecho. España participa en el ciclo de planificación de objetivos de fuerza y de propósitos generales de la Alianza, negociando su posición cuando éstos se producen dentro del circuito orgánico establecido por la Alianza para los países integrados en la estructura militar. Francia no participa en este proceso y, por lo tanto, sus acciones y preparación de fuerzas se ajustan cuando ya el proceso de armonización está terminado y ante las realidades que, Francia, por un lado, y los países miembros de la Estructura Militar Integrada, por otro, han elaborado dentro de los ciclos previstos en el programa general. Esto quiere decir que, guardando tanto Francia como España su independencia respecto a los planes integrados, la conducta

española ditiere profundamente de la francesa y aprovecha mejor el equilibrio entre su independencia nacional y su coordinación con la Alianza, puesto que la cumple mientras se elabora el proceso general de planificación, y no, como los franceses, en el momento en que el proceso esta clausurado.

Políticamente Italia ofrece la doble particularidad de ser el «mejor alumno de la clase atlántica» y también el país que con más paciencia y deseos de contemporizar manifiesta en sus relaciones con los países norteafricanos de la cuenca mediterránea. País perteneciente a la Estructura Militar Integrada, con un frente militar cubierto por sus fuerzas en la línea de separación entre los países de la Europa libre y Yugoslavia, también es el miembro aliado más sensible a las reacciones del festón meridional de la cuenca. El interés que los propios italianos pusieron en disminuir la importancia del ataque contra Lampedusa puede dar buena medida de esta política que trata de hacer compatible la fidelidad atlántica y la continuación del diálogo político con todos los países árabes. Quizás sea el país que trata de equilibrar la doctrina de la fuerza y la de la cooperación política de manera más paciente.

7. Grecia y Turquía

En el fondo oriental del flanco sur aparecen las más graves dificultades políticas de la OTAN con la disputa entre Grecia y Turquía que tiene múltiples orígenes y pocas perspectivas de resolución, puesto que las separan una infinidad de puntos de tensión cuyo ajuste nadie considera que puedan realizarse en poco tiempo. La rivalidad entre dos miembros de la Alianza que, en el fondo, tienen más temor al vecino que al Ejército soviético, o el de sus aliados del Pacto de Varsovia, establecen en este punto del flanco sur una verdadera anomalía dentro de las relaciones entre aliados.

La rivalidad greco-turca tiene diversos capítulos todos ellos sumamente complicados. En primer lugar, el estatuto militar de las islas del mar Egeo y del Dodecaneso, de soberanía griega, y geográficamente vecinas de la Turquía asiática. En segundo lugar, la delimitación de las aguas territoriales que dichas islas pueden disfrutar según diferentes interpretaciones de los derechos del mar y, en tercer lugar, la explotación de los recursos petrolíferos del mar Egeo. Pero como perturbación suplementaria para hacer difícil la relación bilateral de dos aliados de la OTAN, aparece el conflicto de Chipre, nacido del desembarco de tropas turcas en 1974 en la isla y la práctica división del territorio insular en dos estados diferentes. Turquía actuó en función del Tratado de Garantía de 1960, pero está claro que, dejando aparte todas las filatelas jurídicas que pudiesen acumularse para

condenar o justificar la invasión turca, el hecho cierto es que dos países miembros de la Alianza Atlántica, cuya conjunción de voluntades es indispensable para garantizar la seguridad en el sector oriental del Mediterráneo, han estado a punto de declararse entre ellos la guerra.

La disputa tiene profundos motivos para desarrollarse. Por ejemplo, la fijación de las aguas territoriales de las islas del mar Egeo y del Dodecaneso podría convertir el mar Egeo, si se aceptase la tesis griega, en un lago nacional, puesto que quedarían bajo soberanía de Atenas el 71,53 % de su superficie, sobre la base de extender las aguas-territoriales a la regla internacional de las doce millas, mientras las aguas territoriales turcas, siempre bajo este modelo de limitación, serían tan sólo un 8,76 %, de la totalidad del mar Egeo.

Pero el verdadero problema a efectos de seguridad en el interior de la Alianza se concentra en la isla de Lemnos y en las maniobras militares que Grecia pretende desarrollar sobre este punto insular que los turcos consideran debe ser desmilitarizado, según el Tratado de Lausanne de 1923 que, a su vez, los griegos consideran caduco después de la Convención de Montreux de 1936. Pero la querrela jurídica no puede ocultar el hecho de que la organización defensiva de la Alianza ha sufrido por su culpa un evidente quebranto.

8. Los Acuerdos Rogers

Grecia abandonó la Estructura Militar Integrada en 1964, como consecuencia de la invasión turca de Chipre y como protesta por lo que Atenas consideraba escaso apoyo de la Alianza en su condena a la intervención de Ankara. Políticamente era muy difícil para la Alianza darle la razón a cualquiera de los dos adversarios de la contienda, puesto que cada uno esgrimía argumentos jurídicos dignos de consideración. Pero la reacción griega mantuvo a sus fuerzas al exterior de la estructura militar aliada desde agosto de 1974 hasta octubre de 1980, es decir, durante seis años, hasta que los Acuerdos Rogers trataron de resolver la buena comunicación operativa entre el Ejército griego y el resto de las fuerzas aliadas del SACEUR. Oficialmente los Acuerdos Rogers calmaron la crisis, pero tales compromisos no se han traducido en realidad hasta estos momentos, aunque resulte justo decir que eran razonables y muy inteligentes.

Según los Acuerdos Rogers, los mandos subordinados de la OTAN en el Egeo recibían una nueva distribución de competencias, fijando en Grecia dos cuarteles generales de la OTAN que dividían el hasta entonces dibujo

unitario del mar Egeo con un solo mando en Esmirna, en dos mandos diferentes. Así nació el llamado *Allied Land Forces Southern Central Europe* (LANDSOUTHCENT), establecido en Larissa y el *Seventh Allied Tactical Air Force* (SEVENATAF), que todavía no han tenido activación operacional, porque según Grecia la operatividad de ambos mandos reclamaba también una resolución pactada entre griegos y turcos sobre el espacio aéreo del mar Egeo, cosa que evidentemente no ha tenido lugar, como tampoco las conversaciones para delimitar las dimensiones de la plataforma marítima, según se adopte la tesis griega de ampliación de las aguas territoriales a doce millas, o la versión turca que considera, dadas las especiales circunstancias de la geografía del mar Egeo, un abuso del derecho la aplicación particular, en este caso concreto, de una regla dictada con carácter universal.

Los contactos abiertos entre las actuales autoridades turcas y griegas para resolver estos difíciles problemas bilaterales, así como la relación de ambos países miembros con los EE.UU. y la regulación del estatuto de las bases militares americanas, tanto en Grecia como en Turquía, constituyen una incógnita permanente, porque al margen de la formalización de los acuerdos han surgido situaciones de emergencia que han variado en numerosas ocasiones los textos oficiales. En 1970 y en 1978 los estatutos legales de las bases americanas en Grecia y Turquía tuvieron alternativamente interrupciones de cierta gravedad que por fortuna fueron tan sólo temporales. Pero es muy probable que las pasadas historias puedan reaparecer en un momento determinado al azar de una elección general o de un movimiento popular. Lo que sí es un problema grave por sus dimensiones y duración es el enfrentamiento greco-turco en Chipre, donde la proclamación por parte de Ankara de un Estado independiente, reconocido diplomáticamente por Turquía en la franja norte de la isla, provoca una tensión indiscutible entre los dos aliados del flanco sur.

9. Yugoslavia

Después de la muerte de Tito que había impuesto un mando autoritario y unificador en Yugoslavia, los acontecimientos han ido precipitando una ruptura de los frágiles lazos que mantenían las repúblicas y regiones que componen el mosaico yugoslavo. Los recientes incidentes de Kosovo han servido como revelador del malestar reinante en la república federal y abren serias dudas sobre el porvenir unificado de pueblos muy diversos. Esta inestabilidad, consustancial con la propia naturaleza heterogénea de

Yugoslavia no parece que tenga grandes probabilidades de recibir una solución satisfactoria.

Más bien, podría decirse que todos los indicios apuntan a una creciente ruptura de la unidad yugoslava, lo que podría, sin duda alguna, provocar una situación de crisis en el Mediterráneo.

Las razones para considerar con pesimismo el porvenir de la unidad yugoslava vienen dadas por la disparidad de riquezas que cada república o región federal ofrecen en la actualidad. La simple relación de la renta personal en miles de dinares, nos ofrece la mejor explicación de los trastornos que agitan hoy a la población yugoslava y amenazan su unidad y, en consecuencia, el equilibrio estratégico del flanco sur de la Alianza. Estos son los datos: Eslovenia: 3.140; Croacia: 2.208; Voivodina: 1.885; Bosnia y Herzegovina: 1.736; Serbia: 1.846; Montenegro: 1.522; Kosovo: 1.418; Macedonia: 1.399.

Las diferencias son demasiado graves como para que, además, se recarguen con pretensiones hegemónicas por parte la República de Serbia, que ha encontrado un líder carismático y autoritario en la persona de Slobodan Milosevic, artífice del cambio constitucional que ha suprimido el tímido camino hacia un estatuto de República Autónoma del Kosovo y de la Voivodina, para someterlas a un sistema de estrecha dependencia a la autoridad de la República de Serbia.

La incapacidad de diálogo entre eslovenos y croatas por un lado, y serbios por el otro, acumulan los pronósticos pesimistas sobre el futuro unitario de una Yugoslavia demasiado fragmentada, que el federalismo no ha hecho otra cosa que acentuar, y crea un foco de crisis permanente en el equilibrio del flanco sur, aunque, por fortuna, la actual diplomacia de la URSS no permita considerar como razonable una invasión rusa en la república yugoslava a petición de cualquiera de las partes que se considerarse en un momento determinado amenazada por la preponderancia de otra. Descartada esta hipótesis muy poco presumible, no cabe duda que la «balcanización» de la república, puede constituir un foco de inestabilidad amenazante para el equilibrio regional.

10. Próximo Oriente

La guerra entre los países árabes e Israel ha constituido a lo largo de los últimos tiempos uno de los focos de inestabilidad más graves padecidos por el mundo contemporáneo. No conviene olvidar que en 1973 la guerra del Kippur provocó el grado de máxima alerta de los Ejércitos americanos y

soviéticos conocido después de la crisis de Cuba de 1962. Zona evidentemente situada al exterior del perímetro de responsabilidad geográfica delimitado por la OTAN, sus consecuencias sin embargo pueden afectar directamente los intereses de los países miembros. El conflicto del Líbano que, como foco de perturbación complementario, ha surgido después de la invasión de Israel, no hace sino agravar una situación ya de por sí conflictiva. La Alianza Atlántica sólo puede operar en estos dos conflictos que deben ser separados por un lado el libanés, por el otro el palestino-israelí operando en contacto estrecho con los EE.UU. y con todos los países que quieran sumarse a la indispensable convocatoria de una conferencia internacional para procurar la paz en la región.

11. Norte de África

Todos los países miembros de la Alianza Atlántica, componentes de flanco sur o, como España, con funciones ambivalentes dentro de la Alianza, han mantenido relaciones coloniales con los países de la costa norteafricana, aunque estas relaciones hayan tenido muy diversas alternativas históricas. Ahora bien, en los momentos actuales estas relaciones parecen pacíficas y el establecimiento del Mercado Común sólo puede acentuar de manera benéfica para todo el mundo las corrientes comerciales. No existe en estos momentos una tensión perceptible entre la orilla africana y la europea de la cuenca mediterránea y es quizás en este punto donde la doctrina de la «general estabilidad» podría encontrar una aplicación práctica más eficaz. Pero naturalmente esta realidad momentánea no puede ocultar el hecho de que todos los países del área norteafricana vivan situaciones políticas de consustancia inestabilidad. Los golpes de estado, las revueltas populares, las querellas interregionales a veces armadas entre todos ellos, componen un paisaje de profunda fragilidad política que los países aliados tienen obligación de vigilar. Todo lo que puede hacer favorable una estabilidad regional, a través de acuerdos comerciales con la CEE y de asistencias de carácter bilateral, deberá ser recibido como positivo para la paz. Pero todo esto no debe ocultar la debilidad de los cimientos políticos en que se asientan los regimenes de todos los países del Magreb y del Machrek.

Esta fragilidad estatal puede tener desenlaces inesperados, como, por ejemplo, una reclamación de ayuda a la URSS y la apertura de bases militares para la flota rusa en el Mediterráneo, si las circunstancias del país en crisis le conducían a solicitar la ayuda soviética, aunque esta probabilidad, en los actuales momentos de distensión, sea muy remota conviene tener en

cuenta algunos aspectos especiales de las relaciones entre la URSS y concretamente el coronel Gaddafi.

Es cierto que la URSS está dando pruebas de buscar la distensión y rebajar las crispaciones militares que han caracterizado el largo período de la «guerra fría», pero también es cierto que acaba de vender al coronel Gaddafi 15 aviones de combate *Sukkoï-24* acompañados de un avión de abastecimiento en vuelo, lo que permite en teoría al coronel libio atacar cualquier país de la cuenca norte del Mediterráneo e incluso alcanzar Israel. Esta venta debe sin embargo ser considerada mucho más como una advertencia que como una amenaza, porque es de sobra conocida la incapacidad de las fuerzas aéreas del coronel Gaddafi para responder a cualquier ataque adversario. Pero tiene, sin embargo, el importante valor de advertir a los países occidentales del flanco sur de la Alianza y, en especial, a los EE.UU., que la URSS desea la distensión, aunque no esté dispuesta a abandonar algunos de los elementos de perturbación que pueden serle útiles. En este sentido el coronel Gaddafi, más que recibir unas armas de las que nunca sabrá hacer uso correcto, encuentra un apoyo en Gorbachov que podría teóricamente contradecir la política internacional del secretario general del PCUS y tiene por eso profunda significación. A Gorbachov le interesa mantener el foco perturbador de Gaddafi, exactamente igual que se ha preocupado de sostener al otro foco perturbador que en América Central encarna Fidel Castro. Son dos «señales» —dándole a esta palabra su profundo contenido diplomático— que Gorbachov lanza a Occidente y aunque sean militarmente de escasa dimensión señalan los límites del campo que Gorbachov quiera reservarse en última instancia en el desarrollo del diálogo entre el Este y el Oeste.

La inestabilidad constitucional de todos los países de la orilla mediterránea norteafricana obligan a los países pertenecientes al flanco sur a mantener una vigilancia extremada, donde las dos doctrinas, tan mal armonizadas, de la OTAN —defensiva militar y cooperación política— deben mantener en adelante una ósmosis superior a la actual. La guerra del Sahara, los movimientos fundamentalistas de Argelia y de Túnez, la inestabilidad temperamental del coronel Gaddafi, siempre comprometido en el desarrollo de la guerra del Chad cada día más confusa en su dimensión de lucha política entre fracciones rivales, las dificultades políticas y demográficas de Egipto y la guerra entre minorías libanesas junto con las sublevaciones populares contra Israel en los territorios ocupados, componen un marco geoestratégico de clara inquietud para los países del flanco sur.

Pero esta inquietud política no debe confundirse con una exagerada percepción catastrófica de amenaza para la seguridad de Occidente que

ninguno de los países norteafricanos tienen capacidad para desequilibrar. Existe ciertamente el riesgo de que en cualquiera de estos países y a través de procesos revolucionarios siempre posibles, la URSS pretenda establecer una base donde puedan alojarse unidades especiales, pero en ese punto límite se sitúa el riesgo, sin que parezca razonable imaginar situaciones de mayor peligro militar. Existe un riesgo militar de conflicto de alta intensidad en el Líbano y en Israel. La cuenca occidental mediterránea encierra graves problemas políticos que no parecen destinados a desembocar en situaciones de crisis capaces de alterar el equilibrio entre el Este y el Oeste.